

## PRÁCTICAS Y DISCURSOS LITERARIOS DE SALTA ¿VIOLENCIA SIMBÓLICA O ARTE RELACIONAL?

Mg. Beatriz Elisa Moyano

Facultad de Humanidades y Consejo de Investigación (Universidad Nacional de Salta)

Eje Nº 5

Palabras claves: campo literario marginación mujer

Cuando el poeta y ensayista peruano Xavier Abril conoció a Juan Carlos Dávalos en su entorno, lo llamó el Gran Cacique y no se equivocó ya que el poeta y narrador salteño se colocó en el lugar central que el epíteto resume hasta su muerte (1959), al asumir para sí la lógica de la diferenciación (Bourdieu,1983) característica del campo artístico. Primero, por sus lecturas de los clásicos españoles en el hogar y las libérrimas realizadas en Buenos Aires cuando estudiaba abogacía que significan su “inversión” en el campo literario (CL).

Segundo, por su participación y simultáneo enfrentamiento con el campo del poder ya que, a pesar de su nacimiento (1887) en el seno de una familia tradicional en una Salta absolutamente conservadora, su actuación, una vez abandonados sus estudios, es la de un bohemio que transgrede las normas de su propio linaje al participar hacia 1918 de las desopilantes reuniones de una “Junta de investigaciones históricas...” (Clemente,1967).

Tercero, por su amistad con prestigiosos escritores como Gálvez y Güiraldes con quienes mantuvo correspondencia (Montero,1984) en la que mutuamente se apoyaban en la idea de superar fuentes parisinas y de propiciar una literatura regionalista y un discurso que prestigiara al interior donde la esencia de lo nacional se habría refugiado frente a la disgregación producida por los inmigrantes.

Hacia 1940, con la aparición de La Carpa, grupo que se atreve a decir que la poesía del norte aparece con ellos, Dávalos recibe una primera confrontación y se inicia un período de polémicas entre los “viejos” (Díaz Villalba y Luzzato entre otros) y los “nuevos” (Adet,1981). La fundamental se refirió al uso del verso medido frente al versolibrismo, renovada forma que significó para La carpa su propia lógica de diferenciación; a pesar de esto, Dávalos demostró su capacidad para donar parte de su capital simbólico al prologar Copajira (Castilla,1964) lo que le valió una devolución: el poema “Juan Carlos Dávalos”. La generosidad con sus colegas menores, siempre que fueran varones, fue la causa de reconocimientos como unos apuntes biográficos cuyos autores son un poeta, Raúl Aráoz Anzoátegui y un músico, José Juan Botelli (1980) cercanos a La Carpa y otros hechos por poetas más jóvenes aún: un “Prólogo” de Walter Adet (1981) y un poema de Jacobo Regen (1993).

Podríamos equiparar este periodo de fuerte dominación masculina y mutuos reconocimientos del que hablan estos textos a los ritos que instauran una separación sacralizante “entre los que ya han recibido la marca distintiva y los que todavía no la

han recibido, por ser demasiado jóvenes, pero también y, sobre todo, entre los que son socialmente dignos de recibirla y los que están excluidos para siempre, es decir, las mujeres” (Bourdieu,2000:39) En este contexto valen las preguntas ¿qué papel les cupo a las escritoras? ¿fueron también consideradas? Veamos para ello las antologías de los 60, en las que otros poetas —no sin grandes envites— se atribuyeron a si mismos el poder de legitimación que tuvo Dávalos hasta fines de los 50,una de las cuales al menos dice legitimar a las mujeres.

Es en la “Página Literaria” (PL) del Diario el Tribuno de esa década donde es posible vislumbrar las fuertes polémicas en busca del dominio que colocan en lugares opuestos a los “nuevos”. La causa de estas controversias fue el Panorama poético salteño (1963), de Raúl Aróz Anzoátegui, rebatido por el Panorama de las letras salteñas (1964) de José Fernández Molina con el resultado siguiente: José Juan Botelli, director de la PL, enfrentándose con el segundo antólogo, considera a Aróz como el heredero de Dávalos, mientras que Fernández Molina coloca en ese sitio a Manuel Castilla, quien nunca participó del debate.

Con respecto a las mujeres poetas, digamos que, en un acto fundador de un canon, en la primera selección aparecen textos de 13 poetas varonesi, aunque ya había un nombre fundamental, el de Sara San Martín, colega del antólogo en el movimiento La carpa, con libro premiado en el 61 aunque no editado aún en el 63ii y otro en leve ascenso, el de Teresa Leonardi que como algunos incorporados hacía sus primeras armas.

En un gesto plagado de segundas intenciones, en la segunda, se incorporan 41 nombres más entre los que se encuentran los de 12 poetas mujeres; pero, si bien el libro se abre con un estudio denominado “Presencia de la mujer”, al que se siguen “Los poetas” y “Los prosistas”, con esa división no se la incorpora como poeta, a secas. Además, si se abunda en poemas escritos por ellas, sus temas (menos los de las “revolucionarias”) son la entrega incondicional, la religiosidad, el elogio de la vida tranquila, o sea, meras descripciones de las virtudes impuestas por la lógica de la dominación, lo cual invalida su bello gesto.

Me pregunto si, al incorporar un poema propio,“Ana María”, Fernández no liquida las buenas intenciones: en sus versos un yo paternal, atravesado por un profundo machismo, le habla a su hija diciéndole que la esperaba varón y le quita la palabra para decir a un ser inexistente “Me quedé sin conocerte/ José Francisco Fernández”.

Si en las tomas de posición de los agentes, legibles en las polémicas (ignorar a la mujer o incorporarla en un pequeño porcentaje, el 8,33 % del total) subyace, no sólo la discusión por el lugar de dominio que ocupara durante 50 años Dávalos, sino también la posibilidad de legitimar a otros, podemos decir, que hasta ese momento eran muy escasos los lugares reservados para ellas en el CL y casi inexistente el reconocimiento. Sólo era plausible (y el primer prólogo de Fernández Molina lo da a entender) que asumieran el sitio que la sociedad patriarcal les reservaba. En ese marco, sólo eran celebradas voces como la de Elsa Castellanos Solá, coetánea de Sara, que se limitaba a reiterar lo hecho por sus predecesoras, las poetas que compartieron con Dávalos la pintura de una Salta bucólica, proyección de su propia “jaula dorada” a principios del

siglo XX. También es comprensible que la poesía de María Angélica de la Paz Lescano y Sara San Martín fuera percibida como “revolucionaria”, con el miedo natural que se siente por los cambios en ciudades tradicionalistas .

La temible “desviación diferencial” producida por estas mujeres en sus textos poéticos puede ser también la causa de su exclusión del campo intelectual (sólo esta última y

Mercedes Clelia Sandoval publican en la PL de esa década) y del silencio con que es recibido un artículo de Sara en el que comenta el libro de Simone de Beauvoir *Una muerte muy dulce* (agosto de 1965). Se trata de “Algo más que el relato de una muerte” que plantea la controversia entre las mujeres sometidas y las libres.

La descripción de la madre de Beauvoir hace referencia al sujeto adaptado al sistema patriarcal ponderado en el primer prólogo de Fernández Molina. Y no es casual que así fuera. Los sujetos femeninos amoldados y/o desafiantes que plantea el artículo se perfilaban desde discursividades vigentes en la época, aunque una de ellas fuera de reciente aparición, al menos en el medio salteño, el feminismo. La fuerte vigencia del otro discurso, el del patriarcado, hizo que el discurso feminista fuera obturado en la Salta de los 60 y explica el silencio con que el texto fue recibido. En una década de ardientes controversias, no se lo cuestiona ni por la elección (tampoco casual) del texto a comentar, ni por las afirmaciones vertidas. El registro de sus polémicos planteos hubiera significado un verdadero reconocimiento a la escritura de la mujer, pero este tipo de textos formaba parte de un murmullo aún inaudible.

Tal vez como un modo de reparar esta sordera, la prolífica actuación de las mujeres poetas del siglo XX, incluidas las de las primeras décadas, ha sido trabajada recientemente por la crítica académica (lo veremos seguidamente); sin embargo, la falta de reconocimiento por parte de sus colegas varones siguió vigente por varios años, se atemperó en los 80-90 y recrudesció en el nuevo milenio. Pero dejamos esto para después.

El primero de los tomos dirigidos por Mabel Parra da cuenta de la actuación del primer grupo:

Las escritoras que ubicamos en el primer grupo, en cuya escritura reconocimos una destacable homogeneidad, adscriben a un ejercicio de la poesía, que da cuenta de una inserción armoniosa en su contexto, en una doble proyección:

-con respecto a un mundo de valores establecidos: religiosos, patrióticos, familiares, cuyos supuestos e implicancias no se cuestionan, sino al contrario, se asumen ferviente, resignada o heroicamente, según los casos y circunstancias.

-y con respecto al entorno regional, en tanto hábitat entrañable y cómplice de la aventura poética; entorno que se vivencia con distintos alcances: desde la incorporación de los ámbitos ciudadano y rural más inmediatos, hasta el rescate de ancestros y tradiciones que remontan hasta lejanos sustratos.” (Parra et al, 1997:10-11)

Más recientemente, Raquel Guzmán (2005) compila un volumen sobre Sara San Martín. Reconoce su importante aporte a la lírica regional y nacional por entroncar con la poesía vanguardista y latinoamericanista, lo que la hace pionera de la apertura a carriles más dilatados que el mero “regionalismo”.

En trabajos publicados recientemente por nuestro equipo de investigación (Moyano, 2005), vimos que otras poetas como Teresa Leonardi Herrán comenzaron a enfrentar desde la escritura las diversas formas de dominación. Por dar un ejemplo de las denuncias realizadas, *Incesante memoria* (1985) recoge lo producido en la década de la dictadura militar. En una línea similar había actuado la metanense Elva Rosa Arredondo en su libro

*Meditación azul* (1977). Su reconocimiento en Salta Capital fue posible porque en las lecturas realizadas al texto se obviaron este aspecto y se la leyó como poesía metafísica.

También pudimos ver que este tipo de lectura demuestra la vigencia de los discursos que rigen el sometimiento de la mujer hasta la década de los 80 en la que las mujeres escritoras, hasta entonces prácticamente silenciadas, salieron todas juntas al ruedo. Ya Marta Ibáñez en el trabajo subtulado “De la ética de la sumisión a la estética de la liberación” (1993) se había referido al funcionamiento de la Hoja de Poesía, publicación conjunta de cinco mujeres que se presentaba cada mes, en una feria de arte callejera, con el mínimo sostén material de una hojita doblada:

El sujeto que produce la Hoja no se asimila a la idealización que la cultura occidental ha hecho de la mujer [...] no es aventurado sostener que, pese a la polifonía y heterogeneidad que devienen de su particular constitución, la Hoja de Poesía fractura la ética sacrificial al quebrantar el centro ordenador del espacio, para apostar y contribuir a la construcción de una estética de la liberación, proyecto aún en ciernes, pero que encabalgado en las reivindicaciones del feminismo, abre una perspectiva distinta, en tanto lleva al escenario social la palabra silenciada de la mujer. (p. 123)

Con este punto de partida, en 2005 pudimos rastrear ciertas constantes en la poesía de las mujeres. Una de ellas: la lucha a brazo partido por romper el silencio y el sufrimiento que éste provoca que se convierte en un leit motiv que atraviesa los textos de muchas escritoras de esa década, como el paradigmático “La desdentada” de Rosa Machado (1993) en el que la falta de un lenguaje es metaforizada por la falta de dientes. Algo del orden material (los dientes) sirve de metáfora a algo que es del orden de lo simbólico (el lenguaje). Azpeitia Gimeno al analizar el pensamiento de Hélène Cixous afirma que para ella: “La mujer convierte todo en cuerpo y su cuerpo en texto” y que “ese lenguaje-cuerpo desmonta la oposición cuerpo-mente” (1996:248). Estamos ante la superación de los dualismos y la evidencia de que entre naturaleza y cultura (razón) no hay divisiones tan tajantes como creyó el Occidente moderno. Azpeitia explica las razones por las que ocurren esos procesos: “La represión sufrida en su cuerpo hace a la mujer más conciente de él y, el habersele negado la palabra, la lleva a convertirlo en lenguaje”. Son interesantes al respecto, las palabras de Cixous citadas por ella: “la escritura femenina es [...] grito del cuerpo reprimido que estalla” (1996:247-248).

A partir de la equiparación cuerpo-texto, la escritura va haciéndose innovadora, rica y sensual y va convirtiéndose en un instrumento de ruptura de viejas estructuras mentales, como sucede en los poemas de Miriam Fuentes en los que un desenfadado erotismo no teme la disolución, como ocurre también en “Antes del goce” de Mercedes Saravia. Este tipo de texto conforma otra de las líneas transgresoras de la lírica de mujeres pues exacerba la condena de las situaciones de opresión ya que éstas habían actuado fundamentalmente negando el cuerpo sexuado de la mujer y acá éste se libera.

Muchas veces los poemas vuelven a los dualismos, pero las evaluaciones se han modificado en correspondencia con una de las líneas del feminismo actual, el ecofeminismo. Se vuelve a asimilar a la mujer con la tierra en concordancia con discursos ancestrales (mujer =

Pachamama), y con las ciencias sociales modernas que la equiparaban a la naturaleza, pero se lo hace igualando varón a cultura, a progreso, a guerra, a devastación, a muerte y mujer a naturaleza, a retorno a las fuentes, a paz y a vida. Esto se hace patente en “Canción terráquea del amor y del olvido” de Rosa Machado.

Pero más allá de esta revalorización del polo devaluado, hay en la poesía de R. Machado un apartarse (lo decíamos recién) del pensamiento binario considerado por las feministas logo y falocéntrico (Azpeitia, 1996:234-235). El salto fuera se hace presente en la construcción de un andrógino, que se acerca a la idea derrideana de la archimujer. Esa instancia superadora de los binarismos se encuentra en un poema atravesado por el discurso religioso, “Génesis”. En realidad, se trata de un retorno futuro a los orígenes, a un momento anterior a la constitución del pensar binario.

La presencia de los andróginos es muy fuerte también en la poesía de Teresa L. Herrán; pero a diferencia de los andróginos de Rosa Machado no constituyen un proyecto de futuro, son simplemente el antepasado mítico de la pareja humana separado con dolor por la ley del Padre.

En otro capítulo de la misma publicación (Moyano,2005), Susana Rodríguez se centra en la actuación de las narradoras y estudia (entre otros) el caso de Zulema Usandivaras de Torino, quien siendo coetánea de los hombres del '40 nunca había mostrado su producción y recibe en el año 88 un premio por su novela *La esposa* (1989), en la que disecciona —desde el paradigma de la narrativa realista— la violencia ejercida sobre las mujeres en una sociedad patriarcal.

Fue dable advertir que así como en los poemas de mujeres, el pensamiento binario, aquel que puso en un polo desvalorizado a la naturaleza, al cuerpo y a la mujer va disolviéndose por la amplitud y riqueza de los desarrollos que se alejan definitivamente de los valores patriarcales y va creando su propio lugar central, también fue posible reconocer que la dicotomía centro / margen había comenzado a perder fuerza. La proliferación de minúsculos centros se dio desde los 80 por la formación de grupos predominantemente femeninos y por la aparición de revistas literarias dirigidas por mujeres. Nadie espera en las últimas décadas del siglo XX el gesto consagratorio de ningún patriarca. Cada quien toma la palabra sin pedir permiso.

Después de este paneo por algunos de los trabajos investigativos que tuvieron como objeto de estudio la producción de las escritoras y que reconocieron su importancia, hagamos un rastreo por los porcentajes de nombres de mujeres en antologías post 60 que harán visible la falta de reconocimiento de los colegas varones y los avances y retrocesos de un tipo de mentalidad.

En la década de los 70, los antólogos no son muy generosos con las escritoras. Adet en Poetas y prosistas salteños, de 1973, modifica levemente los guarismos de Fernández Molina con un 13,17 % de rúbricas femeninas. En 1978, Hugo Ovalle, en una selección de 12 nombres pertenecientes a la mencionada en el título como Generación del '60, recupera el de Teresa Leonardi con lo que los porcentajes son los mismos que en la de Fernández (el 8,33 %).

En las décadas de los 80 y 90, los recopiladores se mostraron más propicios. Aunque Adet reitera su selección con agregados en Cuatro siglos de literatura salteña (1981), cuyo 13,79 % de participación femenina no modifica los porcentajes anteriores, el apartado final (totalmente nuevo pues se trata de escritores surgidos en la década no abarcada en su trabajo anterior) posee un alegre 34,61 % de nombres de mujer. Y ya en los 90, Horacio Armani, aunque no conociera, por ser foráneo, el importante rol de la mujer escritora en la década de los 80 en Salta, en una antología que recopiló textos de los nacidos después de 1950, llamada La nueva poesía de Salta, hace una acotada selección de 16 escritores con el honoroso 25% de nombres femeninos.

Detengámonos ahora en los escritores salteños de Poesía del noroeste de S. Sylvester que, al reducir a un 5% los nombres de mujer, no sólo incomprende su obra sino que también nos recuerda que "la dominación masculina es simbólica y que sólo puede superarse a través de una revolución simbólica" (Bourdieu,2000: 57 y 58) Es decir, no se supera con una simple toma de conciencia que podrían haber realizado los trabajos críticos analizados.

El texto se basa en las selecciones más acotadas, aunque todas las nombradas en los apartados anteriores están en su bibliografía, excepción hecha de la primera de Adet.

Sin darse cuenta de que incorpora no los nombres del pasado sobre los que ya hubiera actuado el tiempo como era su intención, sino los elegidos por los otros recopiladoresiii, reitera los incorporados en la selección de Aráoz (quita sólo uno y suma dosiv, pero ninguno de mujer) sin percatarse que aquella antología fue la fundadora del canon de la poesía de Salta y que el canon es siempre un recorte en el cual operan cuestiones derivadas de la subjetividad, del gusto y de la mentalidad de la época que debemos revisar cuando pasa el tiempo.

Coloca 10 de los 12 nombres de la de Ovalle (5 ya estaban en la de Aráoz) suprimiendo sólo a este antólogo y a Toro. Entre los 5 incorporados, por suerte, está el de Teresa Leonardi.

Cuando le toca actuar sobre las antologías menos acotadas, silenciando los avances hechos por el segundo Adet en los 80 y por Armani en los 90, incorpora sólo tres

nombres del último apartado de Adet, el que tenía 34, 61 % de participación femenina y, de entre tantos, toma sólo el de Rosa Machado.

Cuando le toca jugarse absolutamente por nombres que no estuvieran en ninguna antología, sin importante ni los avances de los antólogos próximos en el tiempo, ni el papel de la mujer escritora en las dos últimas décadas del siglo XX, ni los trabajos críticos sobre ellas realizados lo hace sólo por Antonio Gutiérrez y por Carlos Jesús Maita, con lo que los porcentajes caen estrepitosamente, con lo que —tomando la antología en su totalidad— reduce, entre 30 y 40 años después de las selecciones hechas por Fernández y por Ovalle la proporción de varones y mujeres del 8,33 % al 5,7 %.

Siendo la suya una antología que no discrimina sexos, vuelve a dejar (como Áraoz) a Sara San Martín de lado. Esta vez ya no había excusas: primero porque los cinco libros de Sara

ya circulan (salieron después de concluida la Antología de Raúl y no salió en la de Ovalle porque antologaba a escritores posteriores a ella) y porque como dijimos han comenzado a ser estudiados por la crítica que reconoce su importancia. No se acuerda tampoco de la múltiplemente premiada Liliana Bellone, ni de otras mencionadas o que era plausible mencionar aquí. El caso de la no inclusión de esta poeta confirma que la violencia simbólica está inscrita en los cuerpos, es una sumisión encarnada: ella debía sentirse lo mismo feliz: su marido, el poeta Antonio Gutiérrez, había sido incorporado. La falta de repudio en este caso contrasta con su exceso ante la aparición de un tomo encargado desde la gestión cultural como continuación de la generosa recopilación de Adet, que rubricado de nuevo con el nombre de Cuatro Siglos de Literatura salteña esta por María Eugenia Carante (2007) contiene un 39,33 % de rúbricas femeninas. El ataque, también apoyado por poetas mujeres ¿tuvo que ver con esto? O fue insoportable que el antólogo fuese mujer?

La necesidad de una revolución simbólica, planteada por Bourdieu ¿podrá venir desde un artev relacional en el que las distintas posiciones puedan ser leídas y reconocidas? (Bourriaud 25,29 y 142) En otras palabras ¿será posible abandonar la dominación simbólica, que siempre polarizó lo social, y valorizó un polo en desmedro del otro?

#### BIBLIOGRAFIA

ARÁOZ ANZOATEGUI, Raúl (1980) "Juan Carlos Dávalos: un testimonio de su obra y su persona"; en Actas Simposio de Literatura Regional. Salta, Secretaría de Estado, de Educación y Cultura.

AZPEITIA GIMENO, Marta (1996) "Nosotras, las sembradoras del desorden". El pensamiento de la diferencia sexual en H. Cixous y L. Irigaray" en Nieves Ibeas y María de los ángeles Millán (ed.) La conjura del olvido. Escritura y feminismo. Zaragoza: Icaria Antrazyt.

BOTELLI, José Juan (1980) "De mi amistad con Juan Carlos Dávalos"; en Actas Simposio de Literatura Regional. Salta, Secretaría de Estado, de Educación y Cultura.

BOURDIEU, Pierre (1967) "Campo intelectual y proyecto creador" en Problemas del estructuralismo. México: S. XXI.

----- (1983) Campo del poder y campo intelectual. Buenos Aires: Folios.

BOURRIAUD, Nicolás (2006) Estética relacional. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Ed.

CLEMENTE, Terencio (13 al 20 de Agosto de 1967) "El buen humor de la Salta de antaño" en Revista (El Tribuno), Salta.

GUZMÁN, Raquel del Valle (2005) Elogio de la Poesía. Salta, Consejo de Investigación de la UNSa.

IBÁÑEZ, Marta (1993) "De la ética de la sumisión a la estética de la liberación" en La escritura salteña de los 80: condiciones de producción y de reconocimiento. Informe final del Trabajo de Investigación nº 325/93, Salta: CIUNSa, mimeo

MOYANO, Elisa (Coordinadora) (2005) La literatura de Salta. Espacios de reconocimiento y formas del olvido. Salta: Consejo de Investigación de la UNSa.

MONTERO, María (Enero-Junio de 1984) "Cartas de Juan Carlos Dávalos a Manuel Gálvez"; en Boletín de la Academia Argentina de Letras. Tomo XLIX, Nº 191-192. Buenos Aires.

PARRA, Mabel et al. (1997) La escritura de la mujer en la lírica salteña: continuidad y ruptura. Salta: Víctor Hanne.

SAN MARTÍN, Sara (29 de Agosto de 1965): "Algo más que el relato de una muerte" en: "Página Literaria" Nº 98 de El Tribuno, Salta.

#### BIBLIOGRAFÍA LITERARIA

ADET, Walter (1973) Poetas y prosistas salteños. Salta: Dirección de Cultura de la Provincia.

----- (1981) Cuatro siglos de Literatura salteña. Salta, Ed. del Tobogán.

ARÁOZ ANZOÁTEGUI, Raúl (1963) Panorama poético salteño. Salta: Dirección General de Turismo.

ARMANI, Horacio (sf) La nueva poesía de Salta Salta: Comisión Examinadora de Obras de Autores salteños.

ARREDONDO, Elva Rosa (1977) Meditación azul. Salta: Ediciones Apacheta.

CASTILLA, Manuel (1964) Copajira. Salta: Editorial Cepa.

FERNÁNDEZ MOLINA, José (1971) Panorama de las letras salteñas. Salta: Editorial Cepa.

FUENTES, Miriam (1998) Las bestias del arco iris. Salta: Fundación de Canal 11.

LEONARDI HERRÁN, Teresa (1985) Incesante Memoria. Salta: Tumparenda.

MACHADO, Rosa (1993) Canción de la Ballena. Salta: Tumparenda.

OVALLE, Hugo (1978) Poesía de Salta .Generación del '60. Salta: Fundación Carmen Rosa Ulivarri de Etchart.

REGEN, Jacobo (1992) Poemas reunidos. Salta: Ediciones del Tobogán.

SARAVIA, Mercedes (1991) Mendiga luz. Salta: Gráfiker.

SYLVESTER, Santiago (2003<sup>a</sup>) Poesía del Noroeste Argentino Siglo XX. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.

----- (2003b) Oficio de lector. Córdoba: Alción.

USANDIVARAS DE TORINO, Zulema (1989) La esposa. Salta: Fundación del Banco del Noroeste.

i Se trata de J.C. Dávalos, J. Díaz Villalba, J.C. Luzzatto, M.J. Castilla, R. Aráoz Anzoátegui, A. Nela Castro, J. Dávalos, Holver Martínez Borelli, M.Á. Pérez, W. Adet, J. Regen, J. Brizzi y S. Sylvester.

ii Me pregunto por la imposibilidad de justificar lo injustificable. En una entrevista a Sara San Martín realizada por las profesoras Raquel Guzmán y Marta Ibáñez, aquella, sin percibir las estructuras mentales que impidieron su propio reconocimiento en aquella oportunidad, justificaba su no inclusión en la antología de Aráoz Anzoátegui en el hecho de ser tucumana, olvidando que Miguel Ángel Pérez es catamarqueño... En este caso de violencia simbólica vemos como “los dominados aplican a las relaciones de dominación unas categorías construidas desde el punto de vista de los dominadores, haciéndolas aparecer como naturales” (Bourdieu, 2000:50)

iii Olvida al hacerlo su propia reflexión hecha en Oficio de Lector “Quiero decir “[...]que las palabras tienen una falta de neutralidad alarmante, deciden muchísimo (a veces demasiado) sobre esto tan visible y cuestionable que llamamos realidad: la crean, la modifican, la destruyen y hasta pueden hacerla desaparecer para siempre. (2003:100)

iv Roberto Albeza y Juan José Coll

v Práctica artística que toma como punto de partida las relaciones humanas y su contexto social